

OCHO DIAS DESPUÉS LLEGÓ JESÚS - Comentario al Evangelio de P. Ricardo Pérez Márquez OSM

Gv 20,19-31

Cuando llegó la noche de aquel mismo día, el primero de la semana, estando las puertas cerradas en el lugar donde los discípulos estaban reunidos por miedo de los judíos, llegó Jesús y, puesto en medio, les dijo: -- ¡Paz a vosotros! Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Y los discípulos se regocijaron viendo al Señor.

Entonces Jesús les dijo otra vez: -- ¡Paz a vosotros! Como me envió el Padre, así también yo os envío. Y al decir esto, sopló y les dijo: -- Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les serán perdonados, y a quienes se los retengáis, les serán retenidos. Pero Tomás, uno de los doce, llamado Dídimo, no estaba con ellos cuando Jesús se presentó. Le dijeron, pues, los otros discípulos: -- ¡Hemos visto al Señor! Él les dijo: -- Si no veo en sus manos la señal de los clavos y meto mi dedo en el lugar de los clavos, y meto mi mano en su costado, no creeré. Ocho días después estaban otra vez sus discípulos dentro, y con ellos Tomás. Llegó Jesús, estando las puertas cerradas, se puso en medio y les dijo: -- ¡Paz a vosotros! Luego dijo a Tomás: -- Pon aquí tu dedo y mira mis manos; acerca tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.

Entonces Tomás respondió y le dijo: -- ¡Señor mío y Dios mío! Jesús le dijo: -- Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron y creyeron. Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero estas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre.

Tomas, uno de los discípulos, no estaba con el resto del grupo cuando Jesús resucitado se hizo presente en medio de ellos. Un grupo que se había encerrado con las puertas atrancadas por miedo a ser descubiertos por los dirigentes judíos. Tomás no está con el grupo porque él no tiene miedo a ser descubierto y no le importa morir como había muerto su maestro.

El evangelista Juan ha presentado a Tomás con anterioridad en su evangelio llamándolo “el mellizo”, apodo que quiere decir el mellizo de Jesús, pues cuando Jesús es informado de la

amenaza de muerte que le espera en Judea, Tomás dice "vamos también nosotros a morir con él".

A Tomás le cuesta trabajo entender que haya algo más después de la vida. Por esto al ser informado por los otros discípulos que han visto al Señor, manifiesta la necesidad de creer en aquello y pide pruebas para que el pueda aceptar el testimonio de los otros discípulos, diciendo "Si no veo las señales de los clavos y las llagas en el costado y si no meto los dedos en las llagas y mi mano en el costado no creo".

Ocho días después, en el primer día de la semana, cuando la comunidad se reúne de nuevo para celebrar la vida que triunfa sobre la muerte, celebrando al Señor resucitado, Jesús se hace de nuevo presente y ahora estará Tomás. Al escuchar las palabras de Jesús, palabras que empiezan con el saludo, "paz con vosotros", no es una formalidad si no que significa querer comunicar toda su vida a los discípulos deseando la paz y mostrando las señales de los clavos y las llagas en el costado, como expresión de un amor que se ha entregado por amor a los demás.

Al escuchar Tomás la voz del Señor no meterá los dedos en las llagas ni la mano en el costado. Por desgracia esta ha sido la imagen que nos han transmitido los pintores representando al discípulo incrédulo. Le basta con escuchar la voz de su maestro para reconocerlo vivo y presente en su vida.

Tomás en este momento pronunciará la mayor profesión de fe de todo el evangelio "Señor mío y Dios mío". Ningún incrédulo diría algo tan importante como lo dicho por el discípulo. Reconoce en Jesús, que ha sido rechazado por la institución judía y que ha recibido una muerte cruel e injusta, acabando como un malhechor, a Dios en persona, al que nadie había visto y que ahora reconocen manifestado en la persona del Cristo resucitado. Es el Señor de la historia que lleva el proyecto del Padre hacia el final de plenitud. Por esto Jesús quiere que sus discípulos sean testigos de esa verdad y sean capaces de demostrar la riqueza de vida y amor por lo que los enviará comunicando su espíritu para que sean portadores de este anuncio y que con su vida sean capaces de comunicar amor.

A Tomás le dirá que se fie siempre de las palabras que dan vida, añadiendo la bienaventuranza que aparece en este evangelio: "dichosos los que sin haber visto llegan a creer". Para Jesús lo que cuenta es fiarse de una palabra que abre a la persona humana a una dimensión de vida plena. No tienen necesidad de pruebas sino que se fían de esta palabra.

Jesús pronuncia una bienaventuranza en este evangelio al lavar los pies a sus discípulos: "Si os laváis los pies los unos a los otros seréis bienaventurados" La bienaventuranza que permite creer sin ver es la del servicio. Cuando se tiene la actitud del servicio y ayuda a los demás, se está manifestando la fe de la resurrección y se está sintiendo la vida plena de Jesús resucitado en su existencia.

Este domingo de Pascual, con el evangelio de Juan podemos tener la misma experiencia de la resurrección y sentir en nuestra carne ser dichosos porque podemos creer sin ver, fiándonos de

la palabra que significa abrirse al bien de los demás y hacer de la vida un instrumento para dar felicidad y bien a quienes nos rodean.

Este es el anuncio de la resurrección: cuando uno se abre a esta dimensión de un amor sin límites, vive en la resurrección y comparte con Jesús la condición divina, sintiéndose completamente integrado en la madurez humana que nos permite vivir en una dimensión total y única con Él.